

DESPUÉS DE LA EDUCACIÓN PRESENCIAL, ¿QUÉ?*

Flavio Figallo R.

Exviceministro de Gestión Pedagógica. Ha sido consultor de diversas entidades nacionales e internacionales, y profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP. Actualmente se desempeña como jefe del área de Información Académica de la Dirección de Asuntos Académicos de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

ffigall@pucp.edu.pe

En Latinoamérica, la educación a distancia es considerada una modalidad de segunda clase con la que se logra una formación de baja calidad. La incorporación de las TIC y el desarrollo de Internet despertaron la esperanza de renovarla y ampliar el acceso a quienes por ubicación o pobreza no podían acceder a ella, pero los resultados no fueron los esperados y los emprendimientos que muchas universidades empezaron se congelaron.

“ En Latinoamérica, la educación a distancia es considerada una modalidad de segunda clase con la que se logra una formación de baja calidad ”

En Perú, esta modalidad fue prácticamente pros- crita con la reforma universitaria de 2014, luego de

adjudicarle los pésimos resultados formativos obtenidos por universidades con fines de lucro que, sin ningún escrúpulo, ofrecían a bajo costo carreras de fin de semana bajo la modalidad semipresencial o a distancia. Luego de casi seis años de implementado el proceso de licenciamiento, se ha denegado la licencia a 43 universidades y 2 escuelas de posgrado por no cumplir con condiciones mínimas de calidad. Hoy, ante la imposibilidad de brindar clases presenciales, se han derogado las normas que constreñían a la educación superior a distancia, y se ha abierto la posibilidad no solo de hacer uso de ella durante la pandemia, sino pensar en sus posibilidades como instrumento para responder a la demanda por la educación superior, y comenzar a construir un sistema que brinde oportunidades de aprendizaje a lo largo de la vida.

Pero, más allá del entusiasmo en torno a las oportunidades que de pronto aparecen en favor de la educación en línea, por su importancia para asegurar la continuidad institucional de la escuela y de la educación superior, esta requiere ser ponderada,

* Una primera versión de este texto ha sido publicada en el portal La Mula con el artículo sobre Educación presencial, educación en línea, o educación remota de emergencia.

considerando efectivamente lo que estamos haciendo en los distintos cursos y carreras al poner en plataformas de educación en línea lo que teníamos preparado para ir a las aulas y dictar clase.

Los expertos en la educación en línea dicen que, si bien este es un paso en favor del reconocimiento de la modalidad, lo que se viene haciendo está lejos de mostrar todas sus potencialidades, hay muchas barreras por derrumbar —señalan—. Lo que tenemos es una versión débil de lo que es una educación en línea, al punto que compararla con la forma presencial produciría una imagen distorsionada de esta modalidad.

“ Hay que hablar de una educación remota de emergencia, y evaluarla como tal

”

El problema que se presenta es cómo definir lo que estamos haciendo para poder evaluarlo. No podemos llamarlo educación en línea, tampoco corresponde con varias de sus versiones: educación a distancia, aprendizaje distribuido, aprendizaje itinerante, etc. Entonces, como proponen [Hodges et al.](#), hay que hablar de una *educación remota de emergencia*, y evaluarla como tal. En todo caso, lo que podemos observar es qué nuevas prácticas pedagógicas emergen y sobre cuáles podría apoyarse, o no, la educación en línea.

Teniendo en cuenta esta situación, diferentes universidades de Iberoamérica se vienen reuniendo para intercambiar experiencias sobre cómo avanzan en sus diversas experiencias de emergencia educativa, preguntándose, entre otras cosas, sobre el modelo que se estaba construyendo.

Así, uno de los reclamos a la modalidad en línea es que no puede cumplir funciones como la interacción entre estudiantes y profesores con distintas historias e inquietudes, la generación de debates interdisciplinarios, investigaciones, seminarios; publicaciones que trascienden las aulas, forman y se transforman en acción, y otras que, por ejemplo, incluyen compartir sentimientos o proyectos de vida. Dicho de otro modo, hay muchas actividades y servicios que hacen que la conferencia de los profesores solo forme parte de un tejido mayor propio del modelo de enseñanza-aprendizaje presencial. Esta ecología, sin embargo, no es ajena a la modalidad en línea, pero con características distintas, por supuesto, en la que también se proponen múltiples espacios de interacción como intercambio de experiencias, y estas pueden ser mucho más significativas en un espacio en el que participan personas de edades distintas, y que trabajan en actividades diversas.

Los profesores se están haciendo cargo de un proceso de enseñanza sobre el cual tenían muy poca o ninguna experiencia. La minoría ha conducido cursos en línea y tenía claro cómo avanzar. Otros, más numerosos, han llevado cursos en línea principalmente de corta duración (y esto varía con la edad), el resto los conoce de relancina y le tenían desconfianza porque consideraban que era como dar una clase a ciegos o en un salón vacío.

Si la cosa es difícil entre profesores, la situación no es necesariamente mejor entre los estudiantes. Las habilidades que tienen en el uso de la tecnología les puede permitir apropiarse rápidamente del “mapa” de cualquier plataforma informática, pero no conocen cómo se relacionan las partes, qué conocimientos van a ser develados, cuáles son las posibilidades pedagógicas, cómo pueden combinarse. Se trata de un juego abierto en el que el profesor va generando

oportunidades de acuerdo con la situación e, incluso, de las capacidades de cada uno. Por otra parte, los alumnos de primeros años prefieren crear nuevos vínculos personales, la universidad es una nueva etapa, es ruptura y encuentro, las relaciones sociales son tan importantes como los estudios, en general, comparten los mismos prejuicios que sus profesores frente a la educación en línea. Esta actitud cambia paulatinamente, al finalizar su formación de pregrado, o en el postgrado, cuando sus intereses miran hacia fuera de la universidad, la flexibilidad y libertad de la educación a distancia la hace más apetecible. Así, las clases sincrónicas suelen ser más demandadas por los que empiezan la educación superior, y las clases asíncronas son más aceptadas al concluir o, dependiendo de la carrera, en los niveles superiores.

“ Las clases sincrónicas suelen ser más demandadas por los que empiezan la educación superior, y las clases asíncronas son más aceptadas al concluir ”

El punto de partida descrito es compartido por diversas universidades de Iberoamérica a las que ha caído la obligación de pasar, de un momento a otro, de una experiencia cara a cara a una educación remota en un contexto de emergencia. De allí que el primer paso haya llevado al uso intenso de la videoconferencia, en la creencia de que reemplaza la clase presencial. Esta es una idea equivocada de la que felizmente se percatan los propios usuarios en un tiempo breve. Hay, además, que tener en cuenta que en estos tiempos la lucha por conseguir la atención del estudiante y evitar su pasión por el inmediatez, ya creaba dificultades en el proceso de enseñanza-aprendizaje en las clases presenciales.

Para que la videoconferencia no sea una monótona experiencia frente a una computadora, se requiere un público motivado y una gran maestría del docente para mantener enganchados a los estudiantes durante dos o tres horas de clase, asunto que el conferencista percibe rápidamente aceptando que debe incorporar otras estrategias y lograr que las conferencias no duren más de 30 minutos.

Llegado a este punto, el espacio para usar las herramientas y metodologías de enseñanza en línea se abren paso y cobran sentido. Una opción es dividir la clase en momentos o módulos, en los que los estudiantes se empeñan individual o colectivamente en la solución de problemas propuestos por el profesor, problemas que deben resolverse haciendo uso de los materiales suministrados en la plataforma de manera individual o en grupo. Estas actividades deben estar pautadas de acuerdo con lo que se quiere que se aprenda, el tiempo, los recursos disponibles en la plataforma, y las herramientas de apoyo (foro, chat, cuestionarios, generación de documentos, etc.). Todo ello puede hacerse de manera síncrona, es decir, durante el tiempo de clase, y aquí nuevamente es necesario advertir que continuar con el horario planificado para clases presenciales, sigue siendo una adaptación de esquemas presenciales a formas en línea.

Un paso adicional es tener *clases invertidas* o *flipped class*, una estrategia usada también en la modalidad presencial que recomiendan algunos profesores con más experiencia en clases en línea, y a la que consideran como tránsito hacia formatos virtuales. Este modo de hacer las cosas desplaza en el tiempo el momento en el que los alumnos trabajan de forma autónoma un tema o emprenden una actividad, del momento en el que trabajan con el profesor respecto del alcance de lo aprendido, o de la profun-

dización de un concepto, o las posibles aplicaciones de una fórmula. La ventaja de hacerlo es que, al dividir el tiempo en el que los alumnos trabajan del compartido con el profesor, aparece también la posibilidad de hacerlo de manera asíncrona, los alumnos trabajan autónoma y previamente (en el horario que les parezca conveniente) a la reunión que tienen con el profesor.

Aparecen también otras prácticas como la necesidad de los estudiantes por argumentar mejor en los foros y chats, se incrementan las consultas individuales (aunque se concentran en las horas de clase cuando son rígidas), cambia el papel de los asistentes de docencia y la relación teoría-práctica, aumentan las oportunidades para repasar o atender el material audiovisual, incluida las conferencias de los docentes, etc. Y surgen otros problemas como el de la evaluación signada por un problema de desconfianza que responde a la idea de que los estudiantes no quieren aprender sino aprobar, y que pone en cuestión las pruebas tradicionales y obliga a recolectar otras evidencias de los aprendizajes y otra manera de evaluar los logros.

Lo mencionado, líneas arriba, no ocurre de manera natural y espontánea, depende del interés de los docentes por el aprendizaje de sus estudiantes, y de equipos de apoyo que, en el contexto de la emergencia, han tenido que improvisar e innovar para proveer a todos los profesores de nuevas capacidades y destrezas. Lo que normalmente demora entre 8 y 10 meses, se ha hecho en 15 días poniendo todas sus capacidades en juego. Pero, una vez echados a andar, toca mantener el sistema funcionando,

mejorar y fortalecer las unidades de apoyo a los docentes, la creación de materiales, el soporte tecnológico, organizar los procesos académicos, definir indicadores para medir el cumplimiento de los objetivos del curso, hacer seguimiento y responder a los requerimientos de los estudiantes y sus familias. Y, como en el caso de los docentes y estudiantes, los equipos originales, pensados para lo presencial, deben adaptarse o crear nuevos equipos ad-hoc.

Hasta ahora tenemos relatos, observaciones sobre lo que está ocurriendo y lo que no, los ritmos del cambio son distintos, lo que pasa en una especialidad con facilidad, no parece tener asidero en la otra. Nos acompañan también los que se aferran a sus viejas prácticas y las reproducen sin mayores consideraciones. Y, aunque antes no lo sabíamos, tampoco tenemos claro qué está pasando con los aprendizajes. Es urgente construir modelos de evaluación para aprender y avanzar.

“ Es mejor pensar que la emergencia nos acompañará un tiempo, aun cuando acabe, debemos mantenernos listos ”

Existe la esperanza de que la normalidad llegará pronto y de porrazo. Sin embargo, es mejor pensar que la emergencia nos acompañará un tiempo, aun cuando acabe, debemos mantenernos listos. Nuestro deber es, como siempre, ir más allá. Entre tanto, se mantendrán cursos remotos y se iniciarán experiencias más serias en la modalidad en línea que nos acompañarán en el futuro.